

CARLOS MANUEL HERRAN

1910 - 1982



Cuando Herrán falleció, el 23 de enero de 1982, no todos sus colegas y amigos estaban por entonces en Buenos Aires, ni pudieron acompañar sus restos. Quedó en algunos de ellos, por lo menos en mí --y el marcado tono personal será el único que aceptarás, lector, en este recuerdo-- el desasosiego de no haber sabido ni siquiera barruntar las habituales crueldades que el destino nos depara siempre con el tiempo. Aunque el mal que aquejaba a Herrán no permitía abrigar esperanzas, su partida tuvo algo de solitario por un lado y de humilde por otro; pero pareció más bien una huida, esa huida propia de quien ha hallado el trayecto final y vislumbrado, con nitidez, en la cercanía, la meta definitiva del último vuelo. *Ave, pia anima.*

Herrán nació en 1910, cuando la patria cumplía su primer centenario. Se graduó de abogado en 1934, en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. En 1940 se desempeñó como secretario general de la Universidad Nacional de Tucumán, donde fue además profesor adjunto de Introducción a la Filosofía y de Filosofía del Derecho (1941-44). Filosofía y Derecho: dos disciplinas, dos ámbitos, en los que se movió infatigablemente y cuya articulación persiguió a lo largo de toda su vida. En efecto, su interés por los temas jurídicos fue constante y puede verse reflejado en sus trabajos que van desde "Sociedades y asociaciones sin personalidad jurídica", o desde "El concepto de derecho en Santo Tomás y en Dante" hasta la más reciente —quizá uno de los últimos en este dominio— sobre "La provocación y la ejecución de los cómplices de Catilina", donde aborda la espinosa cuestión, que concierne tanto a la historia jurídica como a la historia política, del derecho de los ciudadanos romanos de recurrir al juicio del pueblo (*provocatio*) cuando estaban amenazados con la ejecución de una sentencia capital.

Este interés arraigó también en su actividad práctica. Ya en los años que van desde el 43 al 45 fue ministro de la Suprema Corte de Justicia de Tucumán. Y, después, durante su trayectoria como profesor universitario, alternó constantemente el ejercicio profesional del derecho con la docencia en el campo estrictamente filosófico. Y no fue para él —ni nunca así lo quiso vivir—, una dualidad irreconciliable: el derecho y su actividad profesional eran más bien una base, el fundamento sobre el cual se asentaba su especulación filosófica. No era un tributo, resultado de una condición social o de una cierta manera de apreciar los quehaceres dentro de la sociedad; era el *compromiso* necesario con la sociedad, compromiso de quien, viviendo su circunstancia, nunca dejaba de sentirse junto a sus semejantes.

Como profesor de Historia de la Filosofía Antigua y Medieval se desempeñó durante los años 1950-51 en la Universidad Nacional del Litoral, y posteriormente, fue profesor de Historia de la Filosofía Antigua en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires desde 1956 hasta 1973. A partir de 1976, como profesor extraordinario, estuvo a cargo de seminarios de posgrado, el último de los cuales, sobre "La *Política* de Aristóteles", dictó durante el año académico de 1981.

Entre las numerosas tareas que realizó en el campo de la filosofía y de los estudios clásicos —y conviene no olvidar que fue jefe de la sección de Filología clásica en el Instituto de Estudios clásicos y medievales de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires—, Herrán se desempeñó también como primer director de *Argos*.

En el número inicial de esta revista (1977) aparece un artículo, "Pro-

blemas y perspectivas del humanismo”, que, junto con otro, titulado “La integración de Filosofía y Religión en el nuevo humanismo”, publicado varios años antes en el número 22 de la *Revista de la Universidad* (La Plata, 1970), permiten obtener con claridad algunos rasgos que hacen no sólo al profesor o al pensador Herrán, sino al hombre mismo.

Y así es, en efecto, porque la denominación más ajustada que podía haberle a Herrán era la de ser siempre y en todo momento plenamente un humanista. Es decir, en primer lugar, aquel para quien nada humano le es ajeno; en segundo lugar, quien no busca imitar las formas externas de las realizaciones de un pasado (sea el grecorromano o el que fuere), sino ahondar en su actitud profunda y hallar, así, en el elemento antiguo —tal vez en especial en el griego— el punto de arranque indispensable para el desarrollo autónomo de la personalidad. No se trata, pues, de imitación alguna, sino de asimilación y recreación de una manera de ser. En tercer lugar, aquel que se halla abierto a la trascendencia, esto es, quien reconoce y exalta la presencia de lo divino en el mundo y en la vida del hombre, quien, en suma, tiene conocimiento de las cosas divinas y humanas (*divinarum atque humanarum rerum notitia*). En cuarto lugar, quien reconoce, junto a la belleza, poderosa y serena, de los antiguos, la presencia de las exigencias y los ideales éticos del cristianismo.

Carlos Manuel Herrán, humanista, dejó su lección. Lo hizo con bondad y humildad, así como fueron hechas todas sus acciones. No olvidó, ni quiso que nadie olvidara, la propia condición humana. Las contingencias inesperadas y los posibles errores no los eludió jamás, como no evitó el asumir plenamente todas sus responsabilidades —y aun más—, cuando las circunstancias adversas lo exigieron.

El recuerdo de Herrán humanista, de alguien en donde el saber y la generosidad se identificaban, de alguien en donde los más variados conocimientos (música, literatura, idiomas, etc.) se complementaban fraternalmente, de alguien que sabía hallar en la filosofía el amor y en el derecho el despliegue límpido de la razón, configuran la imagen que llevamos del colega y del maestro.

Pero el recuerdo que tengo conmigo, que es fuertemente mío y que quiero que sea tuyo también, lector, es el de Herrán como arquetipo de una personalidad cada vez menos frecuente en nuestro medio. De una personalidad universalmente rica y sencillamente franca, abierta a la trabajosa y magnífica tarea del vivir —y a las luchas cotidianas—, cerrada a las exterioridades ficticias y a las superfluidades de moda; inquieta, como sus ojos y su figura, a todo lo ricamente humano, ajena a lo carente de gracia y vulgar.

Si pudiera, lector, te invitaría a que fuéramos juntos a encontrarlo como la primera vez que lo vi. Mi recuerdo es grato, lleno de simpatía.

Era en la puerta de la sala de profesores de la vieja casona de Viamonte, allá por el 56, en una tarde de sol. Herrán esperaba algo o a alguien. Su mirada era más que despierta, inquieta, pero no había ansiedad en ella. Su traje, impecable, no alcanzaba a disimular ciertos resquicios de la blanca camisa —en los puños, en el cuello— que se acomodaban más allá de lo debido. En su mano derecha, un insólito paraguas parecía cumplir cierto ritual mágico. Detenido en la puerta, se cuerpo invitaba, sin embargo, al movimiento...

No supe nunca qué estaba haciendo ni qué iría a hacer. Sólo recuerdo que me acerqué y prorrumpí con la consabida fórmula: “Profesor, ¿podría preguntarle...?”

Y así, si pudiera, lector, como te digo, invitarte a que fuéramos juntos a encontrarlo, lo haría, porque ese día no sólo hallé un maestro y quien sería después un colega, sino a un amigo... y tú también, lector, lo hubieras hallado.

Francisco J. Olivieri
(Universidad de Buenos Aires)